

Jacques-Alain Miller

FOTOCOPIADORA  
C.E.Psi  
ADULTOS  
Folio 52 SF 1  
DF 4

# Sutilezas analíticas

TEXTO ESTABLECIDO POR  
SILVIA ELENA TENDLARZ



PAIDÓS  
Buenos Aires  
Barcelona  
México

Miller.

V

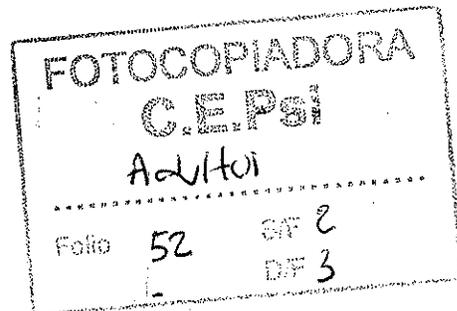
*Clínica del sinthome*

La última vez mencioné la clínica del *sinthome*, según la antigua ortografía que Lacan restituyó, y con la cual tituló *El seminario 23*, que ya abordé aquí en su momento. Yo lo retomé planteando cuál era la incidencia de lo que llamé un punto de vista, una perspectiva –la del *sinthome*–, sobre la práctica del análisis y sobre el estatuto del psicoanalista, incluso sobre el estatuto del psicoanálisis mismo, dado que este concepto que borra fronteras introduciría también una confusión entre psicoanálisis y psicoterapia. Me intereso por tanto, si me permiten, en un fenómeno de dinámica conceptual. ¿Hasta dónde hay que dejarse llevar por la perspectiva del *sinthome*?

Ya recordaba la última vez que esta perspectiva no anulaba las precedentes, sino que, por el contrario, permitía dar una idea sobre sus lógicas, que destacaba los puntos vivos de la elaboración de la clínica de Freud. Hoy seguiré esta reflexión subrayando primeramente que la clínica no es el psicoanálisis.

*¿Qué es la clínica?*

En el Campo Freudiano nos hemos aficionado –y yo tengo que ver con ello– a la palabra *clínica*, entendiendo de este modo que no nos contentamos con la teoría, sino que juzgamos lo que está en juego, los conceptos, los matemas, según el orden que proporcionan a los fenómenos de la experiencia. La apelación a la clínica es una postulación realista.



Y no es falso, como sostuvo un historiador del psicoanálisis, que cuando me encontré en posición de salvar al menos algo de la enseñanza de Lacan, cuando se disolvió su escuela y el día después de su propia muerte, yo haya promovido un *retorno a la clínica*, luego de percibir un exceso de la teoría por la teoría en la antigua Escuela Freudiana de París. Este retorno a la clínica estaba inscrito en el programa del Campo Freudiano, de entrada, a partir de 1980-1981, y nosotros vivimos en esos días las últimas consecuencias de eso.

Me apoyo entonces en que por mi parte a partir de 1982 pronuncié con el título "Clínica bajo transferencia" una exposición que precisamente indicaba lo que tiene de especial la clínica en el psicoanálisis, pero que ostentaba el término *clínica*. Quizás hubiera sido oportuno ya en ese tiempo señalar que la transferencia tenía un poder disolvente sobre la clínica, que el psicoanálisis limita seriamente la perspectiva clínica y, en cierto sentido, la invalida, la rechaza en sus preliminares. Cuando se atraviesa el umbral de un psicoanálisis, hay que dejar la clínica atrás, y precisamente la perspectiva del *sinthome* está orientada a despegarnos de la perspectiva clínica.

Pero ¿qué es la clínica? La clínica tiene lugar clásicamente a los pies del lecho del paciente y es esencialmente un arte de clasificar los fenómenos a partir de signos e índices previamente catalogados. Consiste en un ejercicio de planificación, de clasificación y de *objetivación* (una clínica es como un herbario). De este modo, esas recopilaciones que aparecen periódicamente con el acrónimo DSM —hagámosle justicia— son sin duda una clínica que responde a su concepto, que presenta una lista de signos y de índices, un poco más débil, por supuesto, en la clasificación... Podemos reprocharle a esta clínica su dispersión, su desmenuzamiento, pero me parece que el espíritu clínico anima la empresa.

Y yo cedo con gusto el término *clínica* a los DSM, aunque esto no me impide reconocer lo que en el psicoanálisis, en su literatura, figura como clases clínicas (clase en el sentido de clasificación). Se han perpetuado en el psicoanálisis clases clínicas heredadas en buena medida de la psiquiatría, donde eran elaboradas por profesores que a veces se alejaban de la interlocución con los pacientes. ¿Cuáles son las clases clínicas que encontramos en el psicoanálisis? En primer lugar, está la gran tripartición neurosis, psicosis y perversión. Sea cual fuere la sofi-

ticación que le aportemos, un psicoanalista no puede más que referirse a ella; forma parte de esos instrumentos que utilizamos aun cuando reprobemos sus fundamentos. Les sirve y los cierra,<sup>1</sup> les cierra la molle-  
ra, y hace falta un esfuerzo muy especial para desprenderse de esta. Luego están las subclases, ya que la neurosis se reparte en tres: histeria, neurosis obsesiva y fobia; y llegado el caso, podemos agregar también la neurosis de angustia, la neurosis llamada actual, que cayó completamente en desuso.

Psicosis se dice naturalmente en plural. Evaluamos en análisis el grado de paranoia que presenta una psicosis, admitimos la subclase de la melancolía y aislamos los fenómenos del humor, lo que hace que podamos coquetear con el término *psicosis maniaco-depresiva* cuando dichos fenómenos parecen organizarse en dos vertientes que alternan.

En cuanto a la perversión, se admite la diversidad, y caracterizamos las subclases según lo que señalaron clásicamente los psiquiatras.

Existe pues un discurso sedimentado al que recurrimos en función del encuentro con el paciente, y ninguna disciplina de pensamiento puede apartar a un analista de referirse a ella, incluso en el orden de la denegación. Se trata de una rutina clínica que sigue condicionando el abordaje del individuo que se propone hacer un análisis.

Consideremos ahora qué se vuelve esta clínica en la enseñanza clásica de Lacan.

Las clases clínicas antiguas heredadas de una tradición figuran como otras tantas estructuras. Si fuéramos despreciativos, diríamos que vuelven a pintarse con los gustos de la época, de los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, esto no sería justo porque no se trata solo de un cambio de denominación (*estructura por clase*), sino de una transformación conceptual. En efecto, las estructuras clínicas, en el sentido clásico de Lacan, no son solo conjuntos de signos sintomáticos, un montón de signos en una lista, como otros tantos ítems. El concepto de estructura agrega a la clase la causa, y de este modo se desprende de la descripción que yo llamaba objetivante.

Quando decimos estructura, pretendemos acceder, más allá de los fenómenos, a una máquina, una matriz, de la que estos son las mani-

1. Juego homófono entre *sert* (sirve) y *serre* (aprieta, encierra). [N. de la T.]

festaciones, los efectos. El concepto de estructura agrega al conjunto o al cúmulo descriptivo una *articulación*, que es la palabra más neutra, más funcional para decir sistema —que es una articulación de lo que va junto—. Y lo que va junto son elementos o funciones, elementos funcionales, diferenciados, que entran en relación y se consideran en cierta disposición.

Así, las clases son comparadas, son profundamente homogeneizadas. Estos elementos son capaces —y es lo que implica el concepto de estructura— de permutar sus lugares y por lo tanto asegurar funciones diferentes. Lacan le reserva un sitio privilegiado al concepto de *lugar* cuando trata de resumir su enseñanza para una conferencia que fui llevado a publicar. Subrayo que el lugar no se refiere forzosamente a un espacio métrico; sin duda, para que haya lugares, se precisa una distancia, pero esta no es necesariamente cuantificable. Hay también lugares en topología, es decir, donde el espacio deja de ser métrico, donde las distancias son flexibles. Pero esto no hace desaparecer el concepto de lugar. Las relaciones de sucesión (antes, después) permanecen y también las de envolvimiento (adentro, afuera). Aun cuando el antes y el después, el adentro y el afuera no estén situados como en un espacio métrico, estos sin embargo se encuentran.

Respecto de la estructura, los síntomas tiene el sentido de lo que aparece, lo que se manifiesta. El concepto de estructura fue madurado, depurado, de hecho simplificado, cuando Lacan promovió el concepto de discurso, con el que redujo a cuatro los elementos articulados.

En primer lugar, designa al sujeto con una  $\$$ , lo que señala precisamente su carácter insustancial y condicionado por la articulación. En este sentido, es sujeto de la estructura clínica, su símbolo implica en sí mismo que no es nada sustancial y que deberá lo que es, su ser, a la articulación en la que está atrapado.

La articulación da los otros dos términos del vocabulario,  $S_1$ ,  $S_2$ , en relación (escribo el signo losange que significará precisamente *en relación*), que son el mínimo necesario para designar una articulación:

$$S_1 \diamond S_2$$

Se agrega, en esta estructura que Lacan llama discurso, el término  $a$ , cuya presencia es tan equívoca como la del sujeto; está también en el

umbral. Se supone que este símbolo indica el producto de la articulación, así como el  $\$$  designa supuestamente su hipótesis subjetiva.

$$\left[ \begin{array}{l} \$) \\ S_1 \diamond S_2 \\ a) \end{array} \right.$$

Este vocabulario de cuatro términos, con el sistema de cuatro lugares, cada uno nombrado, que acompaña dicho vocabulario, nos presenta de manera reducida lo que hay que entender por estructura. De hecho, depurando así el concepto de estructura, Lacan aparentemente lo extendió fuera de los límites de la clínica *stricto sensu*, puesto que ordenó cuatro discursos donde entran formaciones sociales. Sin embargo, en el concepto de discurso converge toda su elaboración estructural de la clínica.

Dadas las circunstancias, el momento en que introdujo este concepto de discurso, Lacan hizo figurar un total de cuatro discursos surgidos de las permutaciones de esos cuatro términos en cuatro lugares: el discurso del amo, el discurso de la universidad, y finalmente representa también el discurso de la histórica y el discurso del analista; y ya indiqué hace tiempo que había que reconocer en la estructura del discurso del amo el del inconsciente. Por lo tanto, solo el discurso de la universidad aparece fuera de la clínica.

$$\left[ \begin{array}{l} \$) \\ S_1 \diamond S_2 \quad \frac{2}{1} \quad \frac{3}{4} \\ a) \end{array} \right.$$

Cuando percibimos que con ese vocabulario y ese sistema de cuatro lugares tenemos la esencia de la estructura clínica (sin duda Lacan tomó prestado de otros registros matemáticos, de otras escrituras, en particular de la lógica de la cuantificación, pero me atengo a esto), cuando captamos el concepto de estructura clínica en su simplicidad funcional, nos preguntamos si solo estamos ante un artificio de clasificación, un artificio simbólico, un semblante, o si es verdaderamente, si

me permiten, lo real. ¿Estas estructuras clínicas son del orden del saber inscrito en lo real?

*De la contingencia a la articulación*

Extendamos entonces el problema de la estructura hasta lo que podría llamar estructuración espontánea. Y no hay nada más espontáneo –en fin, al menos en derecho– que lo que el analizante les confía una vez que fue autorizado a la asociación libre y que entiende que puede hablar libremente, sin ocuparse de prejuicios, semblantes, ni de su supuesta sensibilidad (lo cual evidentemente es del orden del más o menos y se introduce siempre un fenómeno de reserva mental). Pero tomemos lo espontáneo de la palabra analizante... Por el solo hecho de que el sujeto se cuenta, incluso por el solo hecho de que habla, por el solo hecho de la palabra, las cosas se ordenan como mínimo poniendo en serie lo que le ocurrió, lo que le ocurre, lo que teme o espera que le ocurra –si queremos ocupar las tres dimensiones clásicamente distinguidas en el tiempo–.

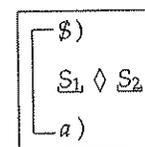
Lo que le ocurre –la expresión lo dice bien– es del orden del azar, de lo imprevisto, del encuentro, como decimos. Lacan lo subraya en su seminario *El sinthome*: “El azar nos empuja a diestra y siniestra”. Se reconoce pues, en los términos de Aristóteles, que la existencia se desarrolla en el reino de la contingencia.

Y por el solo hecho de que hablamos, se instituye una trama entre los azares y se abre paso una necesidad que asume la figura del destino o de la vocación. A partir de hechos de repetición emerge un orden, y ya una es mucho en análisis, permite inferir *siempre; yo soy así, está escrito; yo solo amo a quien no me ama*; esto es, axiomas que el sujeto espontáneamente hace surgir de la narración de lo que le ocurre, y cuya trama a veces le toca al analista formular.

Solo por esto se opera la transformación de la contingencia en articulación. Un  $S_1$  azaroso se articula con un  $S_2$ , y eso produce un efecto de sentido articulado. El azar cobra sentido. Se trata de una operación casi invisible. Debe hacerse un esfuerzo de discernimiento para percibir esta mutación, donde el sentido se insinúa en la contingencia.

Y a menudo –por no decir siempre– cuando un axioma se despe-

ja, nos damos cuenta de que le había sido endilgado al sujeto en su infancia, en un momento especial de disponibilidad y de apertura, por alguien de su familia, o de lo que funcionaba como tal, y que el sujeto que habla es también un sujeto hablado. De ahí el neologismo de Lacan *parlêtre*, un ser hablado hablante. Este adquiere una densidad especial que permitiría decir que el *parlêtre* es el conjunto de esta articulación: no es el sujeto, es el sujeto y la articulación y el producto de la articulación. Esta articulación  $S_1$ - $S_2$  no es necesariamente la suya, por el contrario, es incluso primordialmente la del Otro.



parlêtre

Entonces, el tramado se realiza de manera espontánea y el análisis es, desde esta perspectiva, un laboratorio donde asistimos al hilado de esta trama de sentido, organizando, articulando, sistematizando los elementos de azar que la preceden.

Si dije *espontánea*, fue porque no está calculado. Pero no podemos desconocer que esta articulación de sentido es una superestructura, entendida como una estructura que se superpone a elementos previos. Y precisamente cuando hemos depurado el concepto de estructura hasta reducirlo a este vocabulario y a este sistema de lugares, o a una proposición de lógica de la cuantificación (*existe, para todo x, etc.*), nos vemos conducidos a percibir que toda estructura es una superestructura.

Con esto comienza la última enseñanza de Lacan, con esta división entre la estructura y los elementos de azar previos que introduce y hace significar. La práctica del psicoanálisis cambia entonces de acento. Se trata de conducir la trama de destino del sujeto de la estructura a los elementos primordiales, fuera de la articulación, es decir, fuera del sentido; y podemos llamarlos, porque están absolutamente separados, *absolutos*. Se trata pues de conducir al sujeto a los elementos absolutos de su existencia contingente.

La función de la interpretación cambió, y ya no consiste en proponer otro sentido, en dar vuelta el sentido manifiesto para revelar en este

otro escondido. La interpretación se propone deshacer la articulación de destino para apuntar al fuera de sentido. De modo que es una operación de desarticulación.

*Desabonado del inconsciente*

Entonces, en este punto al que los conduje, ¿qué hice sino tejer una trama que trata de articular como corte la lógica a la que aspiró Lacan hasta su última enseñanza? Vuelvo al *sinthome*, que es el término pivote de esta.

El *sinthome*, que convierto en el término clave de su última clínica –lo hago también porque lo han hecho a mi alrededor como eco del desciframiento al que me había entregado, al mismo tiempo y después de la publicación de ese seminario–, fue inventado para el caso de James Joyce, que es un caso sin análisis.

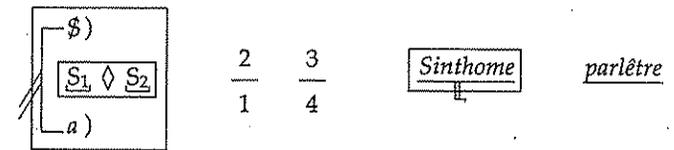
Tenemos de él datos biográficos, literarios, su obra, su correspondencia, los recuerdos de sus allegados, incluso, para Lacan, el hecho de haberlo visto en su juventud en la calle del Odéon; y a partir de todo esto se infiere la clínica, el caso clínico de James Joyce. Sin análisis. No se trata sin embargo de algo inédito, ya que Freud no hizo otra cosa con el caso del presidente Schreber, para el cual se apoyó esencialmente en el libro *Memorias de un neurópata*, de donde infirió una estructura clínica, ordenó los fenómenos... En fin, los diagnosticó a partir de Kraepelin, y hay una articulación construida.

Ni en el caso Schreber ni en el caso Joyce hay desciframiento del inconsciente, ninguno de ellos se entregó a la asociación libre y no tenemos, por parte del sujeto o del analista, el testimonio de los descubrimientos, las iluminaciones que habrían podido marcar un recorrido. Y Lacan consagró este hecho afirmando que Joyce estaba *desabonado del inconsciente*.

Por no haber tenido ningún testimonio de su inconsciente, de alguna experiencia, Lacan infirió más allá que Joyce no tenía, propiamente hablando, relación con el inconsciente. Es que, precisamente, esta articulación de cuatro términos sobre el pivote del binario  $S_1$ - $S_2$  no valía para el que podemos llamar *parlêtre* Joyce, quien por el contrario se revela más bien como un *scriptuêtre* [escritoser], ya que de su parte tene-

mos el escrito. Y entonces en lugar de esta articulación que Lacan dice que en Joyce no hay –no hay nada que se parezca al discurso del inconsciente–, inventa, para decir lo que hay, el *sinthome*. Por lo tanto, este concepto se propone allí donde no hay inconsciente; es, si se quiere, el negativo del inconsciente.

Si procedemos paso a paso como lo hago, y tratándose de sujetos que no están desabonados del inconsciente, puede plantearse la pregunta por la validez del concepto de *sinthome*, que fue inventado para un sujeto que se suponía que estaba desabonado del inconsciente, para el que no había articulación. Luego, es muy posible –y es lo que yo creo, por otra parte– que el *sinthome* implique una enseñanza para los sujetos abonados al inconsciente, pero hay que tener en cuenta que este concepto se inventó para aquellos, y también podríamos defender que no es válido cuando el sujeto, por el contrario, está articulado en una estructura.



¿Por qué Lacan supuso que Joyce estaba desabonado del inconsciente –lo que no es simplemente que no había hecho análisis, sino que no podía esencialmente hacerlo–? Lo supuso, me parece, a partir de la lectura de Joyce, al constatar que no se parecía a nada, al constatar que los lectores de esta obra, principalmente universitarios –por no decir únicamente–, estaban detrás de este texto para encontrar soluciones a sus enigmas y que a nadie se le ocurría leerlo para distraerse. Hace tiempo, cuando tomaba un avión para recorrer grandes distancias, miraba lo que la gente leía, y la gente lee lo que se llama *page-turners*, libros en los que se da vuelta la página rápidamente para saber cómo continúan porque se está atrapado por la intriga. Nunca vi a nadie leer *Finnegans Wake* de este modo. Entonces, desabonado del inconsciente quiere decir simplemente que Lacan se dio cuenta de que no conmueve a nadie, no hace llorar a nadie, no hace palpar el corazón de nadie, no concierne a nadie en nada, no los toca, no les mueve su objeto *a*. Lacan sostiene entonces que no juega con ningún equívoco capaz de conmo-

ver el inconsciente de nadie. Pero esta no es simplemente la crítica de un lector, sino lo que lleva a decir *aquí no hay inconsciente*.

Se trata así de la obra de alguien separado, de un exilado, y esto es incluso algo absolutamente singular. Y noten que este término *singular* implica distancia respecto de cualquier comunidad; no hay nada en común. Está cerrado sobre sí mismo. No es lo particular, que es lo que se comparte con algunos, y lo que permite formar clases clínicas. Lo particular es lo que se parece entre un sujeto y otro (*¡Ah, es lo mismo!*).

Este ejercicio fue llevado al colmo en la gran clínica psiquiátrica clásica, donde de un gran caos de enfermedades mentales, alguien como Kraepelin, por ejemplo, logró hacer capítulos, párrafos, clases y subclases, agrupando los fenómenos particulares por los cuales los sujetos se asemejaban, exigiendo que se parecieran no solo en el momento en que son aprehendidos, sino también en la evolución del cuadro clínico. La clínica se hace a nivel de lo particular. Evidentemente no es lo universal, es decir, lo que vale para todos.

En su obra, entonces, tenemos un producto que no vale más que para uno solo. Y en ese sentido, Lacan inventó el concepto de *sinthome* para designar lo singular, podemos decir, fuera de la clínica, fuera de la clasificación, lo singular en su carácter absoluto. Pero ¿esto solo vale para Joyce o ayuda a percibir que, en cada uno —en esos cada unos que se parecen a algunos otros y de los que se ocupa la clínica—, hay algo absolutamente singular y que está desabonado del inconsciente? Pues bien, lo que creyó percibir y hacer percibir Lacan es que hay *sinthome* en cada uno.

Joyce se distingue —y por eso Lacan pudo notarlo en él— por estar identificado con ese singular... Y ahora tacho la palabra *identificado*, porque él *encarnó* el *sinthome*. Esta es la palabra que Lacan emplea. Joyce encarnó lo singular donde el común de la gente lo borra, se apresura a abonarse al inconsciente, y en ese momento se pone en marcha la máquina de fabricar sentido común, la máquina de fabricar equívocos capaces de perturbarlos profundamente en una multitud.

Yo evidentemente cuando hablo, incluso cuando improviso, cuando exagero, capto la atención de las masas, la de ustedes al menos. Esa es mi debilidad. Y es que toco cuerdas capaces de conmoverlos. Con Joyce, en cambio, ¡todo el mundo salía corriendo! Pero es Joyce. Quizás yo llegue a eso algún día. Seguramente, si logro realizar el sueño

de Lacan de pasar todo esto a la matemática, podría callarme, y luego escribir las fórmulas en el pizarrón de arriba abajo... Y entonces no quedarían más que cuatro o cinco personas. Lacan soñaba con eso, con poder encarnar su *sinthome*. Pero no es algo dado a todo el mundo. En general, para poder vivir con los otros, se ponen capas encima. Digo todo esto —no estoy conmovido— solo para hacerles comprender el valor que debe darse a la indicación precisa de Lacan de que *Joyce encarna el sinthome*. Todo está ahí.

#### *Lo que no cambiará*

La singularidad del *sinthome* existe en cada uno, pero está recubierta. Uno se empeña en encarnar algo muy distinto: su trama, su destino, la herencia de su familia, un gran personaje, ideales. Joyce —¿elección o no?— se mantuvo encarnando el *sinthome* en el espacio del desabonamiento del inconsciente, y de este modo mostró algo que la clínica disimulaba. Luego, la "clínica del *sinthome*" —entre comillas— es en primer lugar una clínica plana; no está escalonada, estratificada, no se distinguen en ella el síntoma y el fantasma, ni siquiera se puede hablar de un avance y de una resistencia, no podemos hablar allí de una salida (*Se prohíbe la entrada a todo el que tenga la intención de salir*) y lo que prevalece en ella, como dije hace tiempo, es el dar vueltas en círculo.

Nos vemos obligados a olvidar la clínica del deseo, que está animada por la dinámica del más allá, que es evidentemente dialéctica y que conduce a distinguir la necesidad, captada en una fisiología elemental, la demanda, donde a la necesidad se agrega el significante (la palabra, la simbolización), y luego, aún más allá, el deseo, resultante de la sustracción de la necesidad a la demanda, al menos en una de las versiones de Lacan. Y como falta de todos modos un elemento, Lacan le agrega, como cuarto término y sin encontrar su articulación precisa con los tres primeros, la pulsión. Necesidad, demanda, deseo y *pulsión*, de la que hace en su enseñanza clásica el garante inconsciente de la demanda, la vuelve una cadena significativa pero articulada en el cuerpo.

Cuando extrae del fantasma y de la pulsión el concepto de goce se inaugura verdaderamente una dinámica conceptual que lo conduce al *sinthome*. Durante mucho tiempo Lacan creyó poder dar cuenta de la

libido freudiana en términos de deseo. Modeló sus desplazamientos, que Freud había destacado, sobre la metonimia del deseo, pero había un obstáculo: no daba cuenta de la fijeza de la libido; y creo que por eso resultó necesario el concepto de goce. Y por lo tanto lo vemos repartido, presente en el objeto *a* minúscula del fantasma, presente en la pulsión, y cuando Lacan comienza a tratarlo, emparejado en la misma lógica del más allá que había dispuesto a propósito del deseo. En ese tiempo distinguía el placer y el goce: el placer homeostático que responde a un estado de bienestar fisiológico (toma del fisiólogo Cannon la noción de homeostasis), el placer que responde a un estado de equilibrio, y el goce entonces como un plus, un exceso, que viene a desequilibrar la homeostasis, distinguiéndose por su potencia perturbadora y por su valor eventualmente doloroso. Reconozcamos que esta descripción muy potente satura muchos hechos clínicos, se despeja cuando Lacan llama a su objeto *a* minúscula plus de gozar, y es la misma lógica que la que ustedes encuentran en su grafo, un piso, un segundo, primer piso el placer, segundo el goce, en forma de *plus de*.

Y llega el momento en que renuncia a esta lógica del más allá, cuando la trascendencia que anima la lógica del deseo es reemplazada por un plan de inmanencia; es decir, una perspectiva donde el concepto de placer es reabsorbido en el goce, donde se opone a nivel del significante, el de la sustancia gozante, y donde Lacan puede decir que la significancia, el orden significante, encuentra su razón de ser en el goce del cuerpo, que el *sinthome* está condicionado no por el lenguaje sino por la lengua, más acá de toda articulación. Esta puerta que Lacan entreabre en su seminario *Aun* culmina en su concepto de *sinthome*, que designa en su singularidad la sustancia gozante. El modo de gozar absolutamente singular es como tal irreductible —es decir que es un resto absoluto, que no puede ser reducido más allá—.

Respecto de esto, Joyce, el *no analizado* porque supo encarnar su *sinthome*, hace de paradigma para lo que puede obtenerse del sujeto al final del análisis —paradoja que Lacan modula, tempera, toma de diversos lados, pero es en todo caso la línea directriz—. Más allá de la identificación con el *sinthome*, tenemos su encarnación por parte de Joyce, la obtención de un estatuto que ya no es susceptible de ninguna transformación. Y entonces la clínica del *sinthome* es una invitación a tomar este punto de vista sobre el sujeto en análisis.

Por supuesto, por lo general, el sujeto en análisis está abonado al inconsciente, es decir que es susceptible de avances, de resistencias, y su estructura se presenta como estratificada. Está ese camino para hacer y ese camino dura, por razones esenciales sobre las que volveremos la próxima vez. Pero, al mismo tiempo, adoptar el punto de vista del *sinthome* es saber que hay, que habrá *lo que no cambiará*, es un límite inaugural aportado al *furor sanandi*, es lo incurable inscrito en la puerta de entrada: ¡No sueñes con curar! ¡No te jactes de tus éxitos terapéuticos! ¡Mira lo que no cambia!

Se pone pues el acento en el hecho de que el análisis despeja lo incurable y que el *sinthome* singular es también una verdad universal que se expresa: *Todo el mundo está loco, todo el mundo hace una elucubración de saber sobre el sinthome*. La significancia es una elucubración de saber sobre su modo de gozar. Y el Nombre del Padre, que condiciona toda la realidad psíquica, no es más que un nombre del modo de gozar, es el modo de gozar captado en su carácter universal.

Entonces, ¿qué es un analista? Me lo preguntaré durante largo tiempo... ¿Qué es un analista en la clínica del *sinthome*? Por lo menos, es un sujeto que ha percibido su modo de gozar como absolutamente singular, la contingencia de ese modo de gozar, que ha captado —¿de qué modo?— su goce como fuera de sentido.

El equívoco que Lacan hace ver —escuchar— entre goce [*jouissance*] y sentido gozado [*jouis-sens*], entre goce y oigo sentido [*j'ouïs sens*], sin duda cuando avanzó era como una equivalencia, pero una vez planteada esta equivalencia renegó de ella: el goce es justamente el reverso del sentido gozado, el sentido gozado es lo que sirve para olvidar el ser del goce.

Cuando Lacan recuerda, al final de su escrito sobre Joyce, en "Joyce el Síntoma II", que el análisis recurre al sentido para resolver el goce, no hay que entenderlo como una prescripción ni como una descripción. Al contrario, me parece que su esfuerzo es inaugurar una práctica posjoyciana del psicoanálisis, esa que no recurre justamente al sentido para resolver el enigma del goce, esa en la que no se cuentan *hystorias*<sup>2</sup>

2. En francés, *hystories*, neologismo creado por Lacan a partir de *histoire* (historia) e *hystérie* (histeria). [N. de la T.]

JACQUES-ALAIN MILLER

sino que, más allá del discurso del inconsciente, apunta a restituir, en su desnudez y su fulgor, los azares que nos llevaron a diestra y siniestra. Hasta la semana que viene, para el último curso de esta serie.

10 de diciembre de 2008

## VI Singularidad

Yo busco –porque aún no encontré cómo formularlo, cómo decirlo bien– el buen uso del *sinthome* en la práctica del psicoanálisis, en la medida en que este es, según la definición de Lacan, *lo que hay de singular* en cada individuo.

### *Tautología de lo singular*

La singularidad es una categoría lógica, aunque es también una categoría en los límites de la lógica. Y es que, más allá de designarlo, ¿podemos hablar de lo singular? Como tal, lo singular no se parece a nada: *ex-siste* al parecido, es decir, está *fuera* de lo que es común. Y el lenguaje sólo dice lo que es común, excepto por el nombre propio, aun cuando lo propio del nombre no sea una garantía absoluta de singularidad. El nombre propio también es equívoco, como percibo últimamente cada vez que hago una reserva en un restorán. Digo: *Para el señor Miller*, y me piden mi nombre de pila porque, curiosamente, ahora hay muchos Miller que hacen reservas en los restoranes. Y entonces pongo alineados Jacques y Alain, y aparentemente eso basta para singularizarme. ¡Por ahora! No sé cuánto tiempo va a durar... Pronto si los Miller continúan multiplicándose en París será necesario que dé mi fecha de nacimiento. ¡Qué difícil ser singular! ¡Qué difícil hacerse conocer de este modo!

Digo que como tal lo singular no se parece a nada y subrayo *como tal*, puesto que, como *no tal*, se parece. Me refiero al silogismo clásico, de tres